

MODERNIZACION: UNA PROPUESTA ALTERNATIVA PARA EL PACIFICO COLOMBIANO

Arturo Escobar V. y Alvaro Pedro G. (*)

Observando (1) una serie de recientes eventos y manifestaciones publicitarias, tenemos que admitir que estamos asistiendo al nacimiento de una nueva era. Esta era sería tan importante en su alcance como aquella que terminara con las diversas encontradas conmemoraciones del quinto centenario de la llegada de Colón a América. El nuevo lenguaje habla del comienzo de un nuevo orden, de «Mar de Balboa» como «el Dorado de los Nuevos Tiempos», de «naves zarpan» celeramente desde las costas del país hacia el Oriente al encuentro del nuevo desafío. Al dar «el gran salto» hacia el otro lado de la Cuenca con las recientes misiones comerciales y diplomáticas, Colombia manifiesta su «vocación Pacífica». No hablaremos ya, como en su tiempo lo hiciera Marco Fidel Suárez para marcar un derrotero, de un *respice polum*; de ahora en adelante nos regirá otro tema, *respice Pacificum* («looking east» podríamos decir con más propiedad en estos tiempos ya tan seculares, como de hecho lo dicen algunos países del sureste de Asia al referirse a Japón como modelo). Y no nos asombraremos más frente a aquellos «silenciosos e inescrutables orientales» —los del milagro japonés, los «cuatro dragones», los nuevos dragones en ascenso como Malasia y Tailandia— sino que, «con notable pragmatismo y dejando de lado las diferencias ideológicas», los comenzaremos a mirar como compañeros en el viaje del comercio y la tecnología. Si bien nuestras relaciones con estos nuevos socios requieren de nuestra parte el aprender nuevas prácticas —la planificación a largo plazo, la paciencia, la confianza en las relaciones comerciales, el énfasis en las acciones concretas— está a nuestro alcance el desarrollar las nuevas aptitudes que sean necesarias. No en vano nos adentramos en una «nueva forma de civilización» (2).

La entrada de Colombia a la Cuenca del Pacífico se concibe entonces como una gran aventura a la cual hay que lanzarse con decisión. Como toda aventura, debería estar llena

de peligros, aunque en este caso éstos han sido allanados de antemano por las buenas acciones de las delegaciones de comercio exterior (la punta de lanza del capital), y el guante blanco pero firme de la diplomacia. No es coincidencia el uso del imaginario del descubrimiento y la conquista. Al litoral Pacífico Colombiano se le ha visto así en general: como una reserva de recursos que hay que domar para su adecuada explotación. Es también notable, dentro del nuevo discurso de la Era del Pacífico, la ausencia del Litoral mismo y sus habitantes (3). Mientras que las nuevas macroestrategias hacia la Cuenca se anuncian con gran algarrabía, es manifiesta la falta de claridad sobre el papel que el Litoral debe desempeñar en el gran salto hacia el Este, a pesar de que es indudable que el Litoral tiene que proporcionar puntos clave de articulación para la inserción en la Cuenca buscada por el país. Esta ambigüedad al interior del discurso que estamos señalando debe ser examinada porque la concepción que se adopte del Litoral, y cómo se llegue a ella, influirá grandemente en el carácter de dicha articulación.

Bien apunta Edgar Vásquez que las maneras de ver el Pacífico están siendo moldeadas por dos problemáticas: la apertura económica hacia la Cuenca, y la apertura social propiciada por la Constitución de 1991, particularmente alrededor del Artículo Transitorio 55. Este segundo componente podría ampliarse a las variadas formas de movilización social que se están dando en la región como resultado de los procesos de desarrollo y los cuestionamientos territoriales y étnicos. Con estos criterios en mente, queremos avanzar los siguientes puntos principales en esta contribución:

1. El Litoral pacífico colombiano no es «desarrollable». Las concepciones existentes del desarrollo reflejan la experiencia de una modernidad hegemónica que —al menos en papel en el caso de las instituciones, y como ferviente deseo en el caso de un número cada vez mayor de organizaciones comunitarias— no da lugar a lo que se busca para la región: acción social autónoma, endógena, pluralista.

(*) Alvaro Pedrosa G. es Profesor Titular en el Departamento de Pedagogía y Cultura de la Universidad del Valle. Arturo Escobar V. es Profesor Asociado en el Departamento de Antropología de Smith College en Northampton, Massachusetts, EE. UU., y Profesor Visitante en el Departamento de Pedagogía y Cultura de la Universidad del Valle.

(1) El presente trabajo se enmarca en una investigación en curso dirigida por los autores. El proyecto, «Política Cultural y Alternativas al Desarrollo: Respuestas Afrocolombianas a la Modernización», cuenta con la colaboración de Jesús Alberto Grueso (antropólogo), Tracey Tsugawa (educación no formal) y Betty Ruth Lozano (socióloga).

(2) La expresión «el Dorado de los nuevos tiempos» pertenece al ministro de relaciones exteriores (Santos). La mayoría de las otras expresiones pertenecen a Noemí Sanín de Rubio y Fidel Duque, y fueron expresadas en el III Foro «Colombia en la Era del Pacífico», Popayán, mayo, 13, 14 y 15, 1993. Similares sentimientos fueron enunciados durante el evento por muchos de los asistentes.

(3) En el mismo III Foro «Colombia en la Era del Pacífico», por ejemplo, no hubo ningún representante del Litoral entre los más de veinte panelistas, y poquísimos afrocolombianos entre los asistentes. Con excepción del análisis del Artículo Transitorio 55 en la ponencia del Dr. Edgar Vásquez de la Universidad del Valle y de menciones —bien intencionadas, pero demasiado generales para ser efectivas— de la necesidad de incorporar a la gente del Pacífico en su propio desarrollo en dos de las otras ponencias (sobre el Plan Pacífico y el Proyecto Biodiversidad), no sólo sus pobladores, sino el Litoral mismo brillaron por su ausencia o marginalidad en el debate.

2. No existe, sin embargo, un modelo «Pacífico» alternativo. Hay toda una economía de modelos y propuestas, incluyendo tanto las dominantes como las alternativas. Más aún, las propuestas «alternativas» que están surgiendo del Litoral son ya un reflejo parcial de lo moderno. Existe por tanto la posibilidad de proponer modelos híbridos de acción social concertada, dentro de los cuales las concepciones endógenas pueden florecer y no sean sepultadas por el lenguaje de la modernidad avasallante.

3. Desde el punto de vista de la investigación, dos tipos de tareas, entre otras, son necesarias para hacer viable la propuesta de modelos híbridos: una investigación etnográfica de la circulación de los conceptos y prácticas del desarrollo y la modernidad en las comunidades de la región, que dé una visión real de las dinámicas culturales que están operando actualmente en ella; y la investigación y puesta en marcha de estrategias de comunicación popular que contribuyan a la construcción de una estrategia cultural de la acción social por parte de las comunidades de la región, en la forma más autónoma posible.

4. Lo anterior podría hacer posible visualizar un régimen posdesarrollo en el Litoral. Suspendido el efecto hegemónico de la modernidad y el «desarrollo», comunidades, investigadores y entidades podrían abordar la tarea del diseño de formas sociales a partir de la ingeniería, la educación, la salud, etcétera, con una base renovada desde el punto de vista de las concepciones que las inspirarían.

EL DESARROLLO NO ES LO QUE PARECE: UNA ANTROPOLOGÍA DE LA MODERNIDAD

El país andino está tan acostumbrado al llamado «desarrollo» que lo toma como un descriptor verdadero de lo real. Desde el punto de vista antropológico, el desarrollo es, sin embargo, un muy extraño proyecto: que tantos países en Asia, Africa y América Latina fueran definidos al final de la Segunda Guerra Mundial como «subdesarrollados» y tratados como tales, es una historia peculiar que merece ser contada en detalle. Que estos países hayan aceptado e internalizado el hecho y sometido desde entonces a sus pueblos a interminables estrategias para su «desarrollo» es tal vez aún más extraño (4). Porque detrás del desarrollo venía toda una historia y una cultura: las de la civilización económica y racionalista occidental.

El desarrollo fue la forma que tomó la modernidad en lo que desde entonces se da en llamar como «Tercer Mundo». Es sabido que tal vez el rasgo más característico de la modernidad es el papel que desempeñan la razón y el conocimiento «científico» no sólo en el diseño, sino en la experiencia cotidiana de la vida (5). Como modernos, nuestras

vidas están cada vez más permeadas de técnica y conocimiento científico y mediatizadas por éstos. Esto es lo que más distingue de las culturas no modernas, dentro de las cuales hay una relación más orgánica entre la producción de las normas y la vida diaria. Mientras que en estas sociedades las normas de vida surgen de las dinámicas internas de las colectividades, en las modernas son producidas por los mecanismos anónimos de los aparatos científicos, estatales, económicos y administrativos. Las formas de ver y tratar nuestros cuerpos, nuestros campos y ciudades, la alimentación y la salud, la mente humana, la sexualidad, etcétera, ya están increíblemente cargadas de conocimientos explícitos, los cuales no sólo mediatizan, sino que en gran medida dictan la naturaleza de esas experiencias. Si bien toda sociedad es normativizada, la moderna lo es en términos de novedosas y eficientes formas de normalización y disciplina (6).

Dentro de la división intelectual de trabajo que acompaña a la modernidad, es sabido que la antropología se ha dedicado al estudio de lo que podrían llamar «las terquedades culturales», es decir, aquellas formaciones sociales que se resisten a aceptar el aparentemente lógico sentido común de lo moderno (los campesinos, los marginales, indígenas, etcétera). Pero hay otra antropología que se viene proponiendo, la antropología de la modernidad misma. Esta se encaminaría a estudiar etnográficamente la forma en que los individuos y sociedades modernas han sido producidos a partir de los discursos y prácticas científicas e institucionales. Si nos planteáramos este tipo de investigación de lo «colombiano moderno», encontraríamos que el desarrollo como discurso y como práctica, ha desempeñado un papel fundamental en nuestra producción como entes culturales y sociales.

Este régimen de producción de la sociedad sólo ha sido posible por medio de la acción diaria y sostenida de un inmenso dispositivo institucional a todo nivel, desde el local al internacional. Este dispositivo organiza la producción —sistemática y entrelazada— de formas de conocimiento y de poder. En el «sector agrario», por ejemplo, la creación continua de conocimiento científico (por universidades norteamericanas y colombianas, el Banco Mundial, la FAO, el DNO, el ICA, etcétera) se ha traducido en todo tipo de estrategias tales como el Programa de Desarrollo Rural Integrado (DRI). Desde la perspectiva de la antropología de la modernidad, estrategias como el DRI deben ser vistas como verdaderas máquinas de creación cultural y de transformación de lo social: pretenden que el campesino colombiano modifique su concepción y práctica de la tierra, de la agricultura, de la economía; en última instancia, de sí mismo. A lo largo de este proceso, se le vincula más decididamente con otras instancias de poder, tales como el estado, los mercados y los medios culturales de la sociedad «moderna». A pesar de sus frecuentes fracasos en relación con sus propias metas y a pesar de la resistencia que muchas veces sus «usuarios» o «poblaciones objetivo» manifiestan, estas estrategias tienen una productividad sociocultural no despreciable.

(4) La aparición, puesta en funcionamiento, modos de operación y efectos del discurso del desarrollo desde su invención a finales de los años cuarenta hasta el presente son analizadas en detalle en Escobar, 1986, 1994; Ferguson, 1990; Sachs, ed., 1992.

(5) Los grandes teóricos de la modernidad —Heidegger, Polanyi, Habermas, Foucault, Giddens— coinciden en señalar las siguientes como sus características más esenciales: su reflexividad constitutiva (el hecho de que el conocimiento retroalimenta continuamente a la realidad y se traduce en nuevos diseños sociales); la progresiva incorporación de contenidos culturales («the lifeworld») por

discursos científicos y su consecuente regulación por aparatos administrativos de diversa índole; y su profunda ambivalencia, a la vez sombra y luz, libertad y disciplina, razón y dominación.

(6) Esta es, por supuesto, la enseñanza más importante de los trabajos de Foucault sobre la prisión, la clínica, la sexualidad y la locura.

Algo similar se plantea para el Pacífico colombiano cuando se habla de su «desarrollo» (7). Más aún, los diagnósticos, debates y programas llevados a cabo hasta el momento han logrado, más que el desarrollo, la construcción del «litoral Pacífico» como *entidad desarrollable*. Al Litoral se lo cuantifica, se lo mide a lo ancho y largo de su territorio, se lo conmina a entregar sus secretos. Creemos que lo conoceremos a través de los números, las estadísticas, las encuestas. Desde la perspectiva de la modernidad, en el Pacífico hay «poblaciones», hay «necesidades», hay «recursos». Todo documento relacionado con el desarrollo de la región comienza con el mismo catálogo de cifras: extensión, recursos, número de habitantes, necesidades, índices de mortalidad infantil, de pobreza; junto a éstos, se enumeran sus «inmensos recursos». Habría que preguntarse qué hay en juego en esta economía política del número, más allá de crear un sentido de la urgencia o inminencia de la intervención desarrollista. No hay que olvidarse de que contar es inventar categorías, inaugurar regímenes de visibilidad o invisibilidad, lo cual nos refiere de nuevo al juego del conocimiento y el poder. Habría que comenzar por preguntar: en el Pacífico, ¿hay «recursos»? ¿«poblaciones»? ¿«capital»? ¿«ganancia»? ¿Qué cuenta la gente en el Litoral? ¿Qué le importa? (8).

Estas preguntas son más necesarias si aceptamos el criterio de muchos investigadores de que el literal Pacífico colombiano no puede resistir un desarrollo convencional moderno. La geografía humana, física y política de la región así parecen dictarlo. El modelo andino, de territorializaciones rígidas, grandes conglomeraciones humanas en espacios urbanos regularizados, uso intensivo de energía, niveles altos de contaminación y depredación de recursos, etcétera, es sencillamente insostenible en esta región tan marcadamente diferente (como lo es en el país andino, así los economistas y los políticos traten de convencernos de lo contrario). Más aún, algunas subregiones del Litoral, que tradicionalmente han mantenido poblamiento de baja densidad a lo largo de los ríos y las playas, no resistirían asentamientos más densos (Sevilla Casas, 1986). Ni qué hablar de la parte cultural y social, dado que los afrocolombianos e indígenas aún se resisten a equiparse con todo el aparataje de lo moderno —colonizador, expansivo e individualista.

EL PACIFICO ESTA POR DESCUBRIR: MODELOS HIBRIDOS Y ETNOGRAFIA DE PRACTICAS

El marco más general al que lo anterior nos refiere es al de la naturaleza de la modernidad, o mejor, modernidades, tanto aquellas que ha creado el desarrollo como las que potencialmente podrían imaginarse a partir de otras matrices. «En América Latina —escribe el antropólogo mexicano

Néstor García Canclini— donde las tradiciones aún no se han ido y la modernidad no acaba de llegar, dudamos si modernizarnos debe ser el principal objetivo, según pregonan políticos, economistas y la publicidad de nuevas tecnologías» (1990: 13). Esto que el autor dice con relación a las culturas urbanas populares se aplica con mayor pertinencia en casos como los afrocolombianos e indígenas del Pacífico, quienes han logrado mantener una distancia mayor de la modernidad: «¿Cuáles son, en los años noventa —pregunta el mismo autor— las estrategias para entrar y salir de la modernidad?» (p. 13). Esta pregunta nos refiere de nuevo al descubrimiento del Pacífico, pero con un sentido completamente diferente al que el discurso de la Ciencia con que empezáramos esta sección quiere darle.

Toda comunidad humana practica el descubrimiento de sí misma. Es así como los grupos indígenas y afrocolombianos tienen ya varios siglos de experiencia acumulada de poblamiento, de vida con sus entornos biofísicos, culturales y espirituales, aunque esta experiencia en general no se exprese en los términos teóricos de la ciencia. Se encuentra encarnada en relaciones sociales específicas, en prácticas técnicas y estéticas y en saberes no cultivados por el medio científico ni instrumentalizados por la tecnología. Ahora bien, la forma en que se está conceptualizando el desarrollo del Pacífico pone en evidencia nuestra ignorancia de las formas en que los habitantes de la región se autodefinen; no se reconocen los conocimientos que tienen de sí mismos. Hasta ahora —y con la excepción de ciertos estudios antropológicos (9) y literarios por autores regionales— al Pacífico se le entiende, no en sus propias racionalidades —múltiples, heterogéneas y diversas, así lo vemos homogéneo—, sino simplemente en relación a lo moderno. De allí sale la percepción acuciante de la «necesidad» de desarrollarlo. En este sentido, puede afirmarse que al Pacífico no se le conoce, que está por descubrir. No sólo es nuestro conocimiento aún precario de sus tradiciones: el de su relación con la modernidad es prácticamente inexistente. Apenas si empezamos a aceptar y a vislumbrar que allí hay unos pueblos que son muy capaces de decidir su propio destino. Hay necesidad de entender y recoger las experiencias y propuestas que tradicionalmente han sido desatendidas o descartadas. Y estas propuestas son cada vez más audibles y articuladas (10).

(7) Entre los documentos oficiales de mayor influencia sobre el desarrollo del Pacífico se encuentra DNP, 1983, 1989, 1992; PNUD, 1992.

(8) Recordemos que la creencia de que podemos conocerlos a través de los números es esencialmente moderna; fue la modernidad quien inventó las «estadísticas» como ciencia e instrumento del Estado para el manejo de «la población». A este respecto, véase el texto de Michel Foucault sobre la aparición de «gubernamentalidad» en la historia europea (1992).

(9) Es obvio que mucha de la información que ya existe sobre el Pacífico y sus pobladores, a pesar de su escasez deplorable dada la importancia de la región, puede ser reinterpretada desde la perspectiva de la etnografía de prácticas del desarrollo y la antropología de la modernidad. Entre los estudios existentes se destacan los de Escalante (1971), Friedemann (Friedemann, 1966; Friedemann y Morales, 1966-69; Friedemann y Arocha, 1984, 1986), Córdoba (1983), Sevilla Casas (1986), así como los de Price (1955), Weest (1957), Pavy (1967), Whitten (1969, 1974/86) y Taussig (1979) entre los antropólogos extranjeros. Ya comienza a generarse interés por los aspectos ecológicos (Hernández, 1992; Semana, 1993) los cuales sin duda experimentarán auge en el contexto del Proyecto de Biodiversidad (PNUD, 1992). De Roux (1991), Pedrosa (1991), Vanín y Friedemann (1991), Vanín (1991), Villa (1993) y Rosero (1993) han abordado el tema de la movilización social y la defensa cultural en el contexto de la avalancha desarrollista. Hasta ahora el único estudio sobre el importante tema del género es el de Lozano Lerma (1992). Las cuestiones territoriales han sido tratadas en García y Torres (1992) y, más recientemente, en el marco del Artículo Transitorio 55, en Sánchez, Roldán y Sánchez (1993). La necesidad de estudios más detallados del Litoral y sus gentes en el marco del desarrollo continúa.

(10) La idea de que «el Pacífico colombiano está por descubrir» se origina en las discusiones del Comité Técnico para la Celebración del V Centenario, convocado por la rectoría de la Universidad del Valle en 1990. Una de las actividades del Comité fue la preparación de un coloquio internacional bajo el título de «El Pacífico Colombiano está por Descubrir». Definido como la oportunidad para llevar a cabo un «diálogo de saberes» —modernos y tradicionales— con vistas a

¿Cómo abordar esta tarea de ver y oír al Pacífico con ojos y oídos que no sólo sean los de la civilización económica-científica de Occidente? Comencemos por lo económico que, junto a lo tecnológico, son las esferas consideradas como más neutrales. «Cualquiera que sea su ideología —afirma el antropólogo Maurice Godelier (1986: 18)—:

la mayor parte de los analistas tienen una noción de lo económico que es profundamente etnocéntrica. Su impulso espontáneo es descubrir en toda sociedad instituciones y relaciones «económicas» separadas del resto de relaciones sociales y comparables a aquellas de la sociedad capitalista occidental.»

Más enfáticamente aún, como lo explica un antropólogo que ha trabajado en nuestro medio (Gudeman 1986: 22):

Todo modelo, sea local o universal, es una construcción del mundo; no es una transcripción de una realidad ya dada. Un modelo local se comprende de las creencias y prácticas que conforman el mundo de la gente. Aquellos que construyen modelos «universales» [como los de la economía neoclásica o neoliberal], sin embargo [...] utilizan una metodología «reconstructiva» por medio de la cual las prácticas o creencias observadas son en primer lugar reenumeradas en un lenguaje formal y luego deducidas de nuevo a partir de conceptos que pertenecen a ese mismo lenguaje, tales como la utilidad, el trabajo, o la explotación... Desde esta perspectiva, cualquier modelo local es una racionalización, mistificación o ideología; cuando más sólo representa una realidad subyacente a la cual el observador [moderno] ya tiene acceso privilegiado.

En otras palabras, el uso de modelos supuestamente universales para entender realidades subalternas o marginales sólo aseguran la traducción de una realidad dada en términos de un lenguaje dominante. Pero todo proceso de vida social es construido culturalmente de diversas maneras. Esto se aplica tanto a las sociedades modernas con sus modelos «universales» como a grupos locales dentro y en la periferia de la modernidad. Todo modelo local —como aquellos que existen en el Pacífico— es una construcción con toda su coherencia e importancia, y cuya naturaleza debe elucidarse. Esto no quiere decir que estos modelos puedan ser observados en «estado puro», sino en sus articulaciones con modelos dominantes u otros modelos locales circundantes. Más aún, estos modelos sólo existen a través de su uso y tienen que ver con la supervivencia, la vida diaria, la comida, la tierra, el mundo espiritual, las relaciones entre géneros y entre generaciones, etcétera (11).

Un importante aspecto de la investigación de los modelos locales en el contexto específico del desarrollo obedece

articular propuestas de desarrollo alterno, tales como el etno y el eco-desarrollo, el coloquio no llegó a realizarse.

(11) En un reciente libro sobre la región andina campesina de Colombia, los antropólogos Stephen Gudeman y Alberto Rivera (colombiano este último) arguyen y documentan etnográficamente que entre los campesinos andinos aún existe un modelo significativamente diferente de la economía y de la tierra en relación al modelo económico moderno. Tanto las nociones de la tierra, los ahorros, el trabajo, las ganancias, etcétera, como los fines de los mismos de la producción son entendidos de maneras diferentes, aunque estas concepciones estén al tiempo muy ligadas a las modernas. Véase Gudeman y Rivera (1990).

a preguntas tales como: ¿Cómo son usados por las comunidades los nuevos conceptos y prácticas del desarrollo? ¿Cómo son interpretados? ¿Reproducidos? ¿Desafiados, resistidos o transformados? ¿Cuáles son los cambios que estos conceptos y prácticas inducen en los modelos locales vigentes? ¿En qué formas específicas se dan estos cambios? Se trata de investigar en primera instancia, no si los programas de desarrollo son «buenos» o «adecuados», sino cómo los actores locales se reapropian del espacio de la producción sociocultural que introduce el desarrollo. En otras palabras, investigar cómo las comunidades usan, reproducen, subvierten o transforman las prácticas del desarrollo en su esfuerzo por mantener o crear formas de organizar sus sociedades y economías que desde su punto de vista pudieran estar más acordes con su historia y cultura. Este estudio constituye una investigación etnográfica de la circulación de un conjunto de discursos y prácticas en comunidades que no las han generado, pero que sin embargo responden a ellas en formas concretas (12).

Investigaciones de este tipo, prácticamente inexistentes en el país, ofrecerían la posibilidad de proceder de una forma distinta en cuanto a la investigación y diseño de la acción social, ya sea por parte del gobierno, las comunidades o, más probablemente, grupos mixtos de ellos. No sólo se empezaría desde una base social más real, sino que podrían formularse modelos híbridos que no se reduzcan a una «participación de la gente en su propio desarrollo». Como la experiencia lo demuestra, esta participación institucional rara vez logra efectuar cambios significativos en los diseños. Un modelo híbrido real tendría que acoger en su interior la verdadera *diferencia* que las culturas del Pacífico representan con respecto al resto del país, aunque este reconocimiento tenga que hacerse innegable y simultáneamente dentro del ámbito del modelo dominante economicista. De esta forma, las diferentes instancias que están compitiendo hoy en día por la producción y control del *discurso del Pacífico* —comunidades, gobierno, empresarios, intelectuales y activistas, organizaciones no gubernamentales endógenas y exógenas, etcétera— pueden ser vistas como «comunidades de modeladores» de cuyas deliberaciones colectivas debería surgir un Pacífico distinto, al menos más negociado. La pregunta crucial que enmarca esta posibilidad es la de la relación entre modelos y poder social. ¿Qué aseguraría que los modelos locales sean escuchados, cuando nunca lo han sido? Volveremos sobre este tema en nuestra discusión de la formación de identidades colectivas étnicas (13).

Más que una propuesta teórica, los modelos híbridos se están convirtiendo en una necesidad y realidad social, particularmente ante la *agravada* crisis de la modernidad y el desarrollo en el Tercer Mundo. Así lo intuyen recientes estudios de la modernidad y la posmodernidad en América

(12) Muy pocos estudios de esta naturaleza se han llevado a cabo hasta el momento, pero su importancia en términos de repensar el desarrollo es cada vez más reconocida. Estos estudios incluyen los trabajos de Pigg (1992) sobre los efectos de la introducción de nociones de desarrollo en Nepal, y los de un equipo del Departamento de Antropología Social de la Universidad de Estocolmo, quienes se encuentran realizando un proyecto sobre concepciones locales de la modernidad y el desarrollo en varios países de Asia y África. Véase Dahl y Rabo, eds. (1992).

(13) La noción de «comunidades de modeladores» se origina en Gudeman y Rivera (1990).

Latina (14). Ya no se concibe la realidad social en base a dos polos o estadios separados, tradición y modernidad. Se hace innegable cada vez más que estamos ante articulaciones complejas de tradiciones y modernidades diversas y desiguales, frente a la coexistencia de múltiples lógicas de desarrollo. La «reconversión» económica y simbólica efectuada por el capital y la modernidad ha conllevado adaptaciones de saberes y de prácticas a todo nivel y en todos los estratos sociales, particularmente los populares. Nuestro continente se caracteriza hoy en día por una gran heterogeneidad cultural y multitemporal, donde coexisten distintas racionalidades históricas. Las culturas tradicionales se desarrollan transformándose, con una cierta apertura hacia la modernidad que es a veces crítica, a veces irónica, desesperada o trágica, a veces exitosa. Es indudable si miramos a América Latina que las tradiciones aún no han sido suprimidas. Si hibridizan con lo moderno, crean nuevas realidades. Lo que hay que entender es cómo los diversos actores sociales populares reubican sus saberes y sus prácticas ante las contradicciones —posibilidades y dominaciones— de la modernidad.

Pareciera que una integración crítica a la modernidad fuese la estrategia más viable para los grupos populares, al menos aquellos ya urbanizados. Las elaboraciones heterodoxas de la tradición sin duda pueden llegar a ser fructíferas (García Canclini: 1990). Pero también es verdad que la mayoría de las veces los procesos de acomodo social a que son forzados estos grupos no revierten por sí solos las situaciones de dominación en que se encuentran; más aún, con frecuencia se reducen a acomodos pragmáticos de supervivencia. También es necesario preguntarse si las hibridaciones que parecen ser posibles son la única salida. Para grupos como los afrocolombianos e indígenas del Pacífico, que han mantenido por razones históricas una distancia de la modernidad que es *socialmente significativa*, la propuesta de modelos híbridos adquiere un carácter específico. Nociones como el «etnodesarrollo» tratan de acercarse a este hecho, aunque es difícil saber si lograrán escapar al discurso dominante. Allí la hibridación podría reducirse a un infeliz injerto o a un estéril mestizaje. Volveremos sobre este concepto en la conclusión del artículo.

LA COMUNICACION COMO ESPACIO DE DEBATE Y CONCERTACION

Desde tiempo ancestrales, en comunidades como las del litoral Pacífico se han venido construyendo identidades basadas en modos artesanales de expresión y en formas comunitarias de organización. De ahí la importancia para el Pacífico de su tradición oral, música, danza, y la diversidad de ritos que lo caracterizan. Todos éstos son elementos que se han venido desarrollando a través de los tiempos. Aunque desde el punto de vista de la modernidad las comunidades «tradicionales» aparezcan como estáticas, es necesario repetir que siempre hay en marcha en ellas una dinámica de actualización de la tradición (Atencio: 1982); esta dinámica, como hemos visto, incluye una visión de lo moderno y una

hibridación con ello. Ahora bien, el desarrollo irrumpe como conquista y avanzada de lo moderno. Apabulla los órdenes culturales existentes, incurriendo en un costo social que, como el ecológico, se rehúsa a asumir. Dependiendo de qué tan expuestas estén las poblaciones, esta irrupción estremece las identidades, obligándolas a recontextualizarse y en algunos casos exterminándolas y reemplazándolas por otras. De hecho, la lógica del desarrollo legitima la premisa de que lo moderno sólo sea posible edificarlo sobre los escombros de lo no moderno. Desecha la opción del descubrimiento como encuentro entre culturas, cada una con su visión de lo moderno animada por el otro. El encuentro desarrollista ha sido conquista, no descubrimiento mutuo y diálogo de saberes.

A un nivel muy fundamental, lo que está pasando en el Pacífico es una reconfiguración de los sistemas de producción de identidades. Si desde los cincuenta a los ochenta este sistema lo conformaban las prácticas tradicionales, por un lado, y el sistema educativo montado por la Prefectura Apostólica, por el otro (educación por contrato), a partir del PALDEICOP se introducen otros mecanismos. Dentro de la modernidad y el desarrollo, los elementos que marcan la identidad —tales como el género, la étnica, la territorialidad, la religiosidad, la estética, etcétera— son refuncionalizados a la formación de identidades homogéneas nacionales. Sin embargo, son estos mismos elementos de identidad los que desempeñan un papel importante en la articulación de respuestas culturales alternativas al desarrollo y como propuestas de otro tipo de modernidad. De acuerdo a la lógica del desarrollo, la identidad étnica, por ejemplo, debe ser reemplazada por la ciudadanía. Se presupone sin fundamento que la identidad étnica da lugar inevitablemente a la segregación y constitución de *gettos* culturales beligerantes, como puede estar sucediendo en la Europa actual (15).

Los analistas de los movimientos sociales contemporáneos concuerdan, sin embargo, en el hecho de que la acción colectiva hoy en día se da principalmente en base a la construcción de identidades, a partir de variables tales como el género, la etnia, el territorio, la ocupación, la defensa del ambiente, la sexualidad, etcétera. Ya no se lucha solamente por el control de los recursos económicos, el estado o las reivindicaciones de clase, aunque estos aspectos continúan siendo de vital importancia. Hoy en día, las nuevas formas de construcción de lo político se apoyan en aspectos simbólico-culturales que no pueden reducirse a lo económico. Los movimientos sociales de hoy, se dice, luchan primordialmente por el control de la historicidad, es decir, por el control de los modelos culturales que rigen la práctica social. De esta forma, construyen identidades colectivas («mujeres», «afrocolombianos», «indígenas», «ecologistas», etcétera) a través de complejos procesos de articulaciones discursivas que incluyen interacciones, negociaciones y relaciones con otros actores y su entorno.

(14) Véase principalmente García Canclini (1990), Calderón, ed. (1988), Quijano (1988), Lechner (1988).

(15) Así lo manifestó el senador Mario Laserna en el III Foro «Colombia en la Era del Pacífico». «No podemos fraccionar el país en etnias», afirmó el llamado senador. También se refirió al «volcán étnico» y al «demonio étnico» que, de ser despertados, podrían llevar al país a luchas fratricidas. Opiniones como éstas seguirán apareciendo a medida que los movimientos sociales de base étnica cobran visibilidad. Los discursos de la pluriétnicidad, el multiculturalismo y la democracia política constituyen una propuesta alterna a posiciones intransigentes como las de Mario Laserna.

Estas identidades son el resultado de una innovación y experimentación en la producción de marcos alternativos de significado; esta innovación se da a nivel de la vida diaria, con frecuencia en formas sumergidas y casi invisibles. Es esta producción diaria de otros esquemas de significado y sentido lo que nutre a la acción colectiva en su encuentro con otros actores. Se puede decir entonces que los movimientos sociales contemporáneos generan una verdadera *política cultural* (lo cultural que se convierte en hecho político, lo cultural como resistencia) con el potencial de reformar la cultura política convencional (basada en los partidos, el voto, las instituciones, etcétera). Son las relaciones culturales lo que subyace en las luchas.

Es innegable que en el litoral Pacífico se está gestando un movimiento afrocolombiano de importancia que responde en general a estas dinámicas. Aunque en estado incipiente, la aparición de un movimiento negro con base en los procesos organizativos dados alrededor del Artículo transitorio 55 es notable. Su relación con otros movimientos sociales y étnicos (los indígenas, los de mujeres y los ecologistas principalmente), las estrategias de articulación a su interior y el papel que desempeñará frente al «desarrollo» del Pacífico —es decir, todo el proceso de construcción de identidades— están por decidirse. Es verdad que el estudio de las movilizaciones afrocolombianas «no concita la atención de quienes se ocupan de estudiar el desarrollo de los movimientos sociales en el país, y en el caso de los activistas y organizaciones afrocolombianas no ha contado hasta el presente con el suficiente espacio» (Rosero 1993: 30). Pero de la evolución de este proceso social podría depender en gran parte la suerte del Pacífico. Volviendo a la hipótesis de los modelos híbridos, sólo la construcción y proyección de una sólida acción colectiva por parte de las comunidades del Litoral puede llegar a asegurar el poder social que requerirían los modelos locales y alternativos en la lucha por la definición del Pacífico. No es improbable que una de las manifestaciones clave de esta acción colectiva sea un movimiento negro —heterogéneo y pluralista, sin duda— concebido explícitamente como tal.

¿Cuál sería el papel de la comunicación a este respecto? La comunicación desempeña un papel muy importante en la producción de identidades culturales. Dentro del paradigma del desarrollo, la comunicación actúa como un mecanismo de integración a la modernidad. En la práctica, sin embargo, las comunicaciones no obedecen estrictamente a esta lógica, sino que constituyen espacios de concertación y discusión de las propuestas de la modernidad. Al ampliar el espacio de participación social, la comunicación ayuda a reconfigurar las identidades sociales. Por lo tanto, las respuestas culturales a la modernización tienen que pasar necesariamente por la comunicación.

Desde esta perspectiva, es necesario reconocer que la circulación de los discursos alternativos cuyo poder de influencia esté supeditado a modos artesanales y populares de expresión y comunicación con limitada capacidad de repercutir y resonar ampliamente, serán probablemente refuncionalizados por las comunicaciones masivas que llegan como elementos de la modernidad. Es importante entonces inves-

tigar las recodificaciones que sobre lo tradicional y lo moderno se establecen con la acción de los medios (radio, televisión, imprenta). La introducción en la región de medios modernos de comunicación con tecnologías industriales va a estremecer la realidad social. La pregunta es cuáles son las formas que podrían tomar la identidad y la cultura durante el proceso de incorporación de los medios y una vez que éstos sean implantados. En la medida en que los grupos populares acceden a los espacios tecnológicos modernos, ¿podrán ellos contribuir a las identidades y a los movimientos? ¿Qué géneros y formatos comunicacionales llegarán a impulsar? Estos géneros y formatos podrán ser reconstruidos bien a partir de los lenguajes tradicionales, o ser trasplantados de los géneros y formatos convencionales de la radio, el periodismo, etcétera. ¿Qué pasa, por ejemplo, con la literatura oral una vez que entra a compartir activamente el espacio de los medios modernos?

También hay que reconocer que el desarrollo puede en un momento determinado camuflarse en las expresiones culturales y los modos de comunicación ancestrales. Para que el discurso del desarrollo sea más aceptable, se lo pone en décima, por dar un ejemplo. Pero igualmente hay que señalar que, como contrapartida, los géneros y formatos populares caricaturizan con frecuencia al desarrollo. Desde el punto de vista etnográfico, es importante mirar los lenguajes que circulan en los géneros y formatos de la comunicación, así como los usos funcionales y refuncionalizados que se les da en diversos aspectos sociales. Este tipo de análisis podría dar pautas para discernir el potencial de la comunicación alternativa como un estilo favorable para el debate y la concertación de modelos híbridos.

En resumen, si la comunicación es de vital importancia para el capital y la modernidad, también lo es para los movimientos sociales y las tácticas populares. La comunicación cultural es un espacio de producción real. La comunicación es cada vez más producción material. Para el capital, en comunicación ya no existen hechos reales, sino hechos prefabricados. Las nuevas élites capitalistas han montado sofisticadas redes de comunicación que les brindan una alta competitividad frente a los grupos sociales precariamente comunicados. Esto les permite entrar a las redes de medios masivos en forma directa y producir los hechos sociales que se ajusten a sus intereses y visión de clase. El otro lado de la moneda es que la supervivencia del medio ambiente tropical y las culturas del Pacífico dependerá en buena medida del grado de reiteración con que se puede diseminar su identidad e imagen. Las redes de comunicadores culturales (como la «gente entintada y parlante», la red de radios comunitarios y las fundaciones culturales) que se han venido estableciendo en los últimos años en varias localidades, pueden desempeñar un papel esencial a este respecto. ¿Cuál es la política cultura que estos grupos avanzan? ¿En qué medida dan expresión a lo popular, a propuestas híbridas o alternativas?

La comunicación y del desarrollo, finalmente, abren espacios para la configuración de grupos de élite locales y regionales. Hoy en día en el Pacífico está apareciendo una nueva clase social, interlocutora del desarrollo, la cual quie-

re entrar a gestionar el desarrollo desde las instancias institucionales convenciones. Esto contrasta con otros actores nuevos que se amparan en identidades alternativas para asumir un papel de impulsores de modelos alternativos; hay que reconocer, sin embargo, que estos últimos, aunque más explícitamente anclados en las comunidades y sus culturas, avanzan igualmente dentro del terreno de lo moderno, con frecuencia como verdaderos híbridos culturales o traductores de culturas.

CONCLUSION: EL POSDESARROLLO COMO POSIBILIDAD REAL

Sabemos bien que las hegemonías de las cuencas no son eternas. Y que cuando el gran capital penetra en zonas ricas en recursos naturales sólo va dejando desiertos. De toda la apertura actual, el nativo será el gran perdedor y en última instancia el país, si no se entiende a tiempo lo que está en juego... ¿Para quién entonces se preservará o se explotará intensivamente la riqueza? Debemos estar atentos para que la era de la consulta y la concertación también llegue al Pacífico (Vanin 1991: 6).

La consulta y la concertación, hemos insistido en este trabajo, involucran procesos culturales complejos. No pueden reducirse a la «participación en los diagnósticos» o a establecer una «lista de prioridades» con las comunidades, como en general se pretende. El trabajo soterrado de un paradigma como el desarrollo no se suspende tan fácilmente. Allí donde uno cree que lo ha dejado atrás, allí lo descubre actuando, tal vez más fértil que nunca. Esto pasa, por ejemplo, con la gran propuesta del momento, el llamado «desarrollo sostenible». Puede afirmarse sin mayores reparos que el desarrollo sostenible antes de asegurar la sostenibilidad de la naturaleza, asegurará la del capital. Hay que redefinir y reinventar la naturaleza de tal forma que el capital sea sostenible. De esto se trata. Mientras que los ecologistas tratan de rehacer las corporaciones de tal forma que la naturaleza sea sostenible, las corporaciones rehacen la naturaleza y el trabajo para que la rentabilidad del capital no baje. A lo mismo apuntan las acciones del Banco Mundial, cuyo Global Environmental Facility (GEF) debe entenderse como una estrategia de control mundial de los recursos silvestres por el Grupo de los Siete.

En el Tercer Mundo, el discurso del desarrollo sostenible redefine el medio biofísico como «ambiente», y concibe a éste como una reserva para el capital. Más aún, dentro de este discurso es imposible hablar de naturaleza como construcción sociocultural. La «naturaleza» desaparece al ser reemplazada por el «ambiente»; se declara así la muerte semiótica de la naturaleza como agente de creación social. Al mismo tiempo, el desarrollo sostenible reduce la ecología a una mayor forma de eficiencia. Se trata ahora de producir más a partir de menos, y con mayor racionalidad. Por otro lado, la biotecnología se erige como encargada de asegurar el uso eficiente y racional de los recursos. En los últimos años, las comunidades locales y los movimientos sociales están siendo llamados a participar en estos esquemas como «guardianes» del capital social y natural. De esta forma,

discursos tales como los de la biotecnología y la biodiversidad asisten al capital en la conquista semiótica del territorio: las comunidades, o sus sobrevivientes, son finalmente reconocidos como dueños legítimos de «sus recursos» —o lo que queda de ellos—, pero sólo en la medida en que acepten ver y tratar estos recursos (y ellos mismos) como «capital» a ser puesto en circulación en beneficio del proceso de acumulación (16).

«Se debe ser concreto: el desarrollo no puede representar la ruina de quienes se pretende redimir con la retórica» (Vanin 1991: 14). Ser concreto en este contexto significa insistir en la inevitable pluralidad de concepciones y modelos; reconocer la crucial importancia de la acción colectiva para avanzar una economía política de la diferencia de la cual surja un régimen de definición del Pacífico diferente al llamado desarrollo; significa imaginarse espacios de posdesarrollo. Ser concreto conlleva experimentar con la realidad social en la forma más seria posible: no en el sentido de la introducción de estrategias exógenas impuestas, sino de atreverse, con el concurso de las distintas voces que conforman el discurso del Pacífico, a pensar esa realidad de un modo diferente. En el posdesarrollo, se pensará, frente al Pacífico, no que hay que «desarrollarlo», sino que allí hay una gran oportunidad para que un grupo de comunidades y unas etnias asuman su forma de ser con plena autonomía cultural y política. Estos grupos serán modernos, pero diferentes, si se quiere, en el concierto de aquello que llamamos, sin saber aún muy bien lo que es, «Colombia».

El Pacífico presenta un gran desafío ante el país. Es la definición misma de «lo colombiano» lo que está en juego.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- ATENCIO, Jaime, 1982. *Fiesta de Negros en el Norte del Cauca*. Cali: Universidad del Valle.
- CALDERON, Fernando (ed.), 1988. *Imágenes desconocidas: la modernidad en la encrucijada posmoderna*. Buenos Aires: CLACSO.
- CORDOBA, Juan Tulio, 1983. *Etnicidad y estructura social en El Choco*. Medellín: Editorial Lealón.
- DAHL, Gudrun, y RABO, Anika (eds.), 1992. *Kamp-ap or Take-off. Local Notions of Development*. Estocolmo: Stockholm Studies in Social Anthropology.
- DNP (Departamento Nacional de Planeación de Colombia), 1992. *Plan Pacífico. Una estrategia de desarrollo sostenible para la costa pacífica colombiana*. Bogotá: DNP.
- , 1989. *Plan de Acción Forestal para Colombia*. Bogotá: DNP.
- DNP (Departamento Nacional de Planeación de Colombia), 1983. *Plan de Desarrollo Integral para la Costa Pacífica*. Cali: CVC.
- DE ROUX, Gustavo, 1991. «La Región del Pacífico: dos diagnósticos». *Ecológico* 6: 5-12.

(16) La crítica del desarrollo sostenible desde el punto de vista de la economía política de la ecología está siendo desarrollada en las páginas de la revista *Capitalism, Nature, Socialism*, de Santa Cruz, California. Una versión española de la revista es publicada en España bajo el título de *Ecología Política*. Véase también Escobar (1990) para una crítica del concepto.

- ESCALANTE, Aquiles, 1971. *La minería del hambre: Condoto y la Chocó Pacífico*. Barranquilla: Tipografía Dovel.
- ESCOBAR, Arturo, 1994. *Encountering Development: The Making and Un-Making of the Third World, 1945-1992*. Princeton University Press (en prensa).
- , 1986. «La invención del desarrollo en Colombia». *Lecturas de Economía*, núm. 20: 9-36.
- , 1990. «Desarrollismo, Ecologismo y Nuevos Movimientos Sociales». En *Ecobios: el desarrollo sostenible. Estrategias, políticas y acciones*. Pp. 199-210. Bogotá: INDERENA
- y ALVAREZ, Sonia (eds.), 1992. *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*. Boulder: Westview Press.
- FERGUSON, James, 1990. *The Anti-Politic Machine: Development, Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FINDJI, María Teresa, 1992. «From Resistance to Social Movement: The Ingenious Authority Movement in Colombia». En *The Marking of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy and Democracy*. Arturo Escobar y Sonia Alvarez, eds. Pp. 112-133. Boulder: Westview Press.
- FOUCAULT, Michel, 1992. «Governmentality». En *The Foucault Effect*. Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller, eds. Pp. 87-104. Chicago: University of Chicago Press.
- FRIEDEMANN, Nina S. de, 1989. *Críele Críele Son. Del Pacífico Negro*. Bogotá: Planeta.
- , 1966. «Contextos religiosos en un área negra de barbaças». *Revista Colombiana de Folclor*. Segunda época 4 (10): 61-85.
- y MORALES, Jorge, 1966-1969. «Estudios de negros en el litoral pacífico colombiano». *Revista Colombiana de Antropología* 14: 55-78.
- y AROCHA, Jaime, 1986. *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá: Planeta.
- —, 1984. *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*. Bogotá: Etno.
- y VANIN, Alfredo, 1991. *El Chocó: magia y leyenda*. Bogotá: Litografía Arco.
- GARCIA CANCLINI, Néstor, 1990. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, D.F.: Grijalbo.
- GARCIA RUIZ, Tito Prisciliano, y TORRES, César Augusto, 1992. *Una gran propuesta para un gran pueblo. La Costa pacífica debe ser un Departamento (Proyecto de Ley y Exposición de Motivos)*. Manuscrito.
- GUDEMAN, Stephen, 1986. *Economics as Culture*. New York: Routledge.
- y RIVERA, Alberto, 1990. *Conversations in Colombia: The Domestic Economy in Life and Text*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HERNANDEZ, Camilo, 1992. «Pánico por el Plan de Desarrollo del Pacífico. La Panamericana. Lleva bienes, trae males». *Eco-Lógica* núm. 11-12: 35-37.
- LECHNER, Norbert, 1988. *Los patios interiores de la democracia*. Santiago: FLACSO.
- LOZANO LERMA, Betty Ruth, 1992. «Una crítica a la sociedad occidental patriarcal y racista desde la perspectiva de la mujer negra». *Pasos* núm. 42: 11-21.
- PIGG, Stacy, 1992. «Inventing Social Categories Through Place: Social Representations and Development in Nepal». *Comparative Studies in Society and History*.
- PAVY, David, 1967. «The Provenance of Colombian Negroes». *Journal of Negro History* 47: 36-58.
- PEDROSA, Alvaro, 1991. «Aspectos étnicos de la comunicación y nuevos movimientos sociales en el occidente colombiano». Presentado en el XVI Congreso Internacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA), Washington, D.C., abril 4-6.
- , 1989. *Desarrollo sostenible del alfabetismo y literalidad en el Pacífico Colombiano*. Cali: Universidad del Valle, mimeo (90 pp.)
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, 1991. «Proyecto del Gobierno de Colombia: Conservación de la biodiversidad en el Chocó Biogeográfico». Bogotá.
- QUIJANO, Aníbal, 1988. *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. Lima: Sociedad y Política Ediciones.
- ROSETO, Carlos, 1992. «Las comunidades afroamericanas y la lucha por el territorio». *Esteros* 1 (1): 28-31.
- SACHS, Wolfgang (ed.), 1992. *The Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*. London: ZED Books (en prensa).
- SANCHEZ, Enrique; ROLDAN, Roque, y FERNANDEZ SANCHEZ, María, 1993. *Territorios comunitarios negros en el Pacífico colombiano. Un estudio sobre el Artículo Transitorio 55 de la Constitución Política de 1991*. Bogotá: DNP.
- Semana* (revista), 1993. «Informe Especial. Naturaleza muerta». *Semana*, marzo 23: pp. 42-49.
- SEVILLA CASAS, Andrés, 1986. *Ecología y sociedad en el río Nava*. Cali: Universidad del Valle, Facultad de Humanidades (Informe de Investigación).
- TAUSSIG, Michael, 1979. *Destrucción y resistencia campesina. El caso del litoral Pacífico*. Bogotá: Punta de Lanza.
- VANIN, Alfredo, 1991. *La estrategia del mar*. Cali: Fundación Habla/Scribe.
- VILLA, William, 1993. «El Pacífico colombiano: políticas de desarrollo». *Esteros* 1(1): 15-19.
- WEST, Robert, 1957. *The Pacific Lowlands of Colombia*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- WHITTEN, Norman, 1974/1986. *Black Frontiersmen: Afro-Hispanic Culture of Ecuador and Colombia*. Prospects Heights, Ill: Waveland Press.
- , 1969. «Strategies of Adaptive Mobility in the Colombian-Ecuadorian Littoral». *American Anthropologist* 71: 228-242.

RESUMEN

Estos dos autores tratan de definir en su artículo una propuesta alternativa de modernización para el Pacífico colombiano. Pero los modelos de desarrollo que se están proponiendo y poniendo en marcha últimamente no resultan apropiados para este área geográfica, que necesita de una acción social más autónoma, endógena y pluralista para poder transformar su realidad.

ABSTRACT

These two authors try to define an alternative proposal of a modernization program for the Pacific Coast of Colombia. But the models of development actually implemented are not applicable to this geographical area which is required of a more autonomous, endogenous and pluralistic social action in order to transform its reality.